







MARTE EN ARIES



Alexanderplatz, 18







Alexander Lernet-Holenia

Marte en Aries

Traducción de Adan Kovacsics



editorial  minúscula
BARCELONA





Título original: *Mars im Widder*
© Alexander Dreihann-Holenia

© de la traducción: 2010 Adan Kovacsics
Revisión: Claudia Ortego

© 2010 Editorial Minúscula, S. L.
Sociedad unipersonal
Av. República Argentina, 163
08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: diciembre de 2010

Diseño gráfico: Pepe Far
Fotografía de la cubierta: Polonia, septiembre de 1939.
© BArch, Bild 101I-380-0094-16/Heydrich.
Fotografía de la solapa: © Paul Zsolnay Verlag Wien.

Este libro cuenta con una ayuda del Ministerio austríaco de Educación, Arte y Cultura.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona
Impresión: Winihard Gràfics S. L., Av. del Prat, 7, 08180 Moià

ISBN: 978-84-95587-74-9
Depósito legal: B-47.274-2010

Printed in Spain





1

A principios del verano de 1939, el protagonista —por no decir el héroe— de esta historia verídica, un tal Wallmoden, decidió que el día 15 de agosto empezaría unos ejercicios militares que estaba obligado a realizar. Difícilmente habría podido explicar por qué eligió ese momento y no otro. Bien habría podido escoger el 1 de septiembre, lo cual habría cambiado mucho las cosas en lo sucesivo. Y nadie se habría opuesto si se hubiera presentado el 15 de septiembre o incluso el 1 de octubre. No obstante, se personó en su regimiento el 15 de agosto, como hemos dicho. Luego señaló que él mismo había dispuesto esa fecha. Sin embargo, no pudo aclarar cómo. Solo fue capaz de decir que tenía la sensación de que lo esperaban precisamente ese día. Pero ¿quién? Desde luego, era imposible que lo esperara alguien del regimiento. Allí no lo conocía nadie, y su ausencia sin duda no habría retrasado las tareas pendientes.

Es muy probable que sus planes o cálculos fuesen de una índole muy distinta; quizá en general la vida solo progresa porque se basa en decisiones de ese tipo o similares, que, en cualquier caso, son de carácter inconsciente. Si los hombres dependieran únicamente de los logros de su entendimiento, ni siquiera alcanzarían la edad de usarlo. Bien es cierto que algunos consideran que cada cual vive de acuerdo con su voluntad y que el resto de opiniones no pueden tenerse más que por fantasías. Sin embargo,





hay quien sostiene que la suerte de cada individuo es asignada única y exclusivamente por el destino. Es probable que toda existencia dependa de ambas cosas. Eso sí, los dos ámbitos de poder, el de la voluntad y el del destino, son incongruentes. Nunca se solapan por completo. Una cosa puede darse por segura: que ambas esferas se entrelazan, que el destino está al servicio de la voluntad y que la voluntad, en definitiva, solo sirve al destino. De ello será un ejemplo cuanto viene a continuación.

Ya cuando Wallmoden se disponía a abandonar su casa, creyó tener la sensación de que esta vez la despedida poseía una importancia especial. Claro que el afecto humano por las personas o las cosas queridas siempre va unido al temor a perderlas, y uno se va despidiendo a cada momento de la amada o de la patria, de modo que en el instante de la verdadera separación la despedida ha sido anticipada hasta tal punto que al final casi resulta fácil. A Wallmoden, sin embargo, no le pareció en absoluto fácil esa despedida de su hogar; es más, le causó una intensa impresión, turbia e incomprensible, que le hizo sufrir, e incluso abrigó por primera vez la sensación, que luego se intensificaría y se repetiría a menudo, de haber quedado atrapado con el reborde o la punta de la ropa en un engranaje de acontecimientos que no dejaría de voltearlo a partir de entonces... Cuando, por ejemplo, se halló ante la ventana y miró el jardín, se le antojó que este había saldado ya las cuentas con él y que, con indiferencia y bajo un cielo tapado, dirigía sus susurros a una persona completamente distinta; y cuando recorrió la habitación, la visión de los retratos de aquellos hombres de los que él mismo descendía lo intranquilizó, pues lo contemplaban con cierta sorna, arquean-





do las cejas, y hasta con franco rechazo, como si les resultara incomprensible que se hubieran adueñado de él un estado de ánimo y una inquietud plagada de dudas que ellos jamás habían conocido. ¡Despídetes!, parecían decirle, ¡vamos, despídetes! Porque si no te despides, no será posible que regreses. Y se vio obligado a confesarse que su ánimo realmente había comenzado a tambalearse de un modo del todo insólito cuando, en una de sus últimas noches en la casa —ni siquiera él supo cómo o por qué—, se puso a recorrerla con una vela encendida, apareció en la planta de arriba, allí donde pendían las cornamentas, y tuvo la impresión de que, junto a las gigantescas sombras de las catorce o dieciséis puntas que se paseaban por las paredes a cada movimiento de la luz, había también un grupo de umbráticos hombres que iba de un lado al otro de la sala, como si el venado se abriera paso entre los troncos de un bosque.



El primer día de su estancia en el regimiento ya fue testigo y partícipe de una extraña conversación entre los oficiales.

La conversación se inició cuando un tal Mauritz, teniente al mando de la sección de zapadores, contó lo siguiente: un joven de la ciudad, el hijo de un panadero, se había ahogado mientras se bañaba en el río, y llevaban ya dos días buscando el cadáver, pero no había manera de encontrarlo.

Mauritz opinó que lograr ahogarse en ese río relativamente somero era una proeza similar a la desaparición del cuerpo de ese desdichado.

Después de que la conversación se centrara un rato en los medios con que se realizaba la búsqueda, palos, redes y similares, y en la escasa transparencia del agua fluvial, el subteniente Oben-





traut propuso que el mejor método para averiguar el paradero del ahogado era convocar en una sesión al espíritu del muerto y preguntarle por el lugar donde se hallaba el cadáver.

Al principio todos lo tomaron por una broma, permitida en determinadas circunstancias, en un círculo reducido, para cerrar una conversación que comenzaba a languidecer. Para asombro de los presentes, sin embargo, no tardó en descubrirse que Obentraut había lanzado su propuesta no sin un interés real por el experimento que recomendaba. El subteniente era un hombre que vivía bastante retirado a pesar de su juventud, participaba poco en las reuniones vespertinas de sus compañeros y, en cambio, se entregaba a la lectura de un montón de libros, algunos de los cuales debían de haberle inspirado cierta heterodoxia en sus juicios sobre Dios y el mundo.

El asombro aún fue mayor cuando incluso un comandante, el barón Dombaste, un hombre de absoluta sobriedad en su forma de pensar, no pareció rechazar de plano las opiniones del subteniente Obentraut. Concretamente, el comandante dijo que no creía que fuese posible convocar a los muertos, pero sí, sin duda, a los vivos. Y contó entonces la siguiente historia:

—Uno de mis primos estuvo mucho tiempo enamorado de una joven rusa, a la que llamaremos Nadia. Ese amor, no obstante, que era por ambas partes muy grande, grandísimo, acabaría de una manera trágica. Precisamente porque su pasión superaba con creces los sentimientos corrientes, la rusa abandonó a mi primo, del que, además, creía que la engañaba. Ahora bien, es posible que realmente la engañara. Sin embargo, su modo de actuar no era en el fondo más que una forma de huida similar a la de ella.

»Sea como fuere, se decía que Nadia se había trasladado a Constantinopla y que había fallecido poco después. Eso creíamos





al menos. Una noche, en la época de las cacerías otoñales, se celebró una sesión de espiritismo en casa de mi primo. No es que se pretendiera invocar a un espíritu determinado. Pero, como mi primo debía de estar pensando todo el tiempo intensamente en su amada muerta, un ser invisible, que decía llamarse Nadia, no tardó en anunciar su presencia mediante unos golpes.

»Mi primo, muy conmocionado, interrumpió la sesión en el acto.

»Días después, uno de sus invitados, aquejado de insomnio, fue a la biblioteca a buscar un libro en plena noche. Y para su asombro encontró allí a una joven dama a la que no conocía personalmente ni había visto nunca entre los presentes.

»Era una persona de una belleza llamativa, y el invitado conversó con ella alrededor de un cuarto de hora, luego ella se levantó y abandonó la sala por una puerta secreta que él no había visto hasta entonces.

»—¿Quién es la joven dama que estaba anoche en la biblioteca? —preguntó a la mañana siguiente a mi primo.

»—¿Qué joven dama? —dijo mi primo, y el otro intentó describírsela.

»—Tenía el siguiente aspecto —explicó—: hablaba de un modo encantador, y cuando sonreía, se le veían unos dientes bellísimos. Sin embargo, presentaba una pequeña irregularidad junto al colmillo izquierdo, como si un diente no le hubiera crecido de niña. Pero precisamente ese defecto confería un particular encanto a su sonrisa.

»Mi primo se puso blanco como la pared. Después de esa descripción, creía estar seguro de que era el espíritu de Nadia el que erraba por ahí desde el momento en que lo habían invocado.

»Al cabo de unos días, por la noche, todo el mundo en la





casa se despertó por el estampido de varios disparos. Encontraron a mi primo herido en su dormitorio, en un charco de su propia sangre, y tumbada sobre él, anegada en lágrimas, a Nadia, que había intentado matarlo y quitarse luego la vida.

»Porque, lógicamente, no fue el espíritu de Nadia, sino Nadia en carne y hueso la que disparó los tiros. Y, por supuesto, ningún poder del mundo habría sido capaz de invocar a su espíritu. Solo había fingido estar muerta para escapar de la relación con mi primo, que le resultaba insoportable. Bastaron los pensamientos invocatorios de él durante aquella sesión para convocar a la persona viva. Obedeciendo a una necesidad repentina y del todo incomprensible para ella, Nadia volvió del extranjero con la intención de poner fin a su desdichada pasión mediante su muerte y la de mi primo.

»Los disparos, sin embargo, no surtieron un efecto mortífero, sino purificador, del mismo modo que los truenos distienden el aire cargado de una tormenta. Ambos, Nadia y mi primo, llevan años felizmente casados.

Este relato satisfizo a todos por la racionalidad de su conclusión. Wallmoden, no obstante, dijo:

—Aun así, quizá los relatos más auténticos sean aquellos que no son ni del todo fantásticos ni del todo lógicos.

—¿Y eso por qué? —preguntó el capitán de caballería von Sodoma.

—Pues porque, de hecho, toda nuestra vida transcurre precisamente en ese interregno —respondió Wallmoden—. De mi bisabuelo, por ejemplo, se cuenta una historia sumamente extraña, pero que en el fondo no se puede definir ni como algo fantasmagórico ni como algo natural.

—¿Y cuál es esa historia? —preguntó Sodoma.





—Era coronel, dirigía un regimiento —dijo Wallmoden—. Pocos días antes de la batalla de Santa Lucía, en la que estaba al mando de un cuerpo del ejército, quiso pasar revista a sus hombres. Pero no anunció su visita. Cuál no sería su sorpresa cuando, al presentarse con su plana mayor, vio formado a su regimiento. Los jinetes acorazados, en doble fila, mantenían una línea inmóvil más recta que un rayo de sol, las chaquetas blancas no presentaban tacha alguna, no había hebilla que no brillara ni botón que faltase, y tampoco se echaban de menos las insignias de hoja de roble, aunque ese árbol fuese una rareza en la zona. Enseguida preguntó al teniente coronel que lo anunció ante el regimiento cómo era que estaban al tanto de su llegada.

»El teniente coronel respondió: —Su excelencia notificó su visita.

»—¿Que yo la notifique? —exclamó mi abuelo—. ¿A través de quién?

»—Usted personalmente —respondió el teniente coronel, y el general tuvo la oportunidad de examinar, en el resplandeciente alzacuello de bronce de la coraza de su subordinado, como si fuese en un espejo de afeitarse, un rostro demudado por la sorpresa (el suyo propio) bajo el montón de plumas de color verde papagayo del casco.

»Enseguida supuso que algún indiscreto de su plana mayor se había conchabado con el regimiento. Tras un largo interrogatorio, sin embargo, ya no pudo dudar de que había sido él mismo quien se había presentado en el campamento cabalgando en solitario y había gritado a los coraceros: —Muchachos, a las cuatro vendré a inspeccionar al regimiento. O sea, que no me hagáis pasar vergüenza.

»Sin duda, se sorprendieron al verlo llegar sin séquito.





De hecho, durante esa supuesta cabalgata por el campamento, poco después del almuerzo, en realidad había estado durmiendo en su tienda durante unos minutos. Eso sí, no recordaba haber soñado que fuese al campamento.

—Me encantan estos superiores —dijo el teniente Mauritz.

—¿Y tuvo otras experiencias de ese tipo? —preguntó el comandante Dombaste.

—Que yo sepa no —respondió Wallmoden—. Pero desde entonces sus soldados fueron los mejores, firmemente convencidos como estaban de que él llegaba a todas partes en forma de espíritu.

—¡Vaya, qué bueno! —exclamó riendo Sodoma—. ¡Es muy bueno eso de que ni siquiera uno mismo sepa que anda por ahí como un fantasma! En cualquier caso, me comprometo a que algo así no me ocurra contra mi voluntad, y me declaro dispuesto a comunicárselo a usted de inmediato si alguna vez, por azar, empezase a errar por ahí como un fantasma!

El subteniente Obentraut, sin embargo, lo miró con sus meditabundos ojos de lechuza y dijo:

—El señor capitán tal vez esté en condiciones de hacerlo... o tal vez no.

—¿Por qué no? —preguntó Sodoma.

—Pues porque no es del todo seguro que, una vez muerto, uno sepa que lo está. Por ejemplo, leí que alguien tuvo un accidente de tráfico y perdió la conciencia. Cuando la recuperó, se encontró tumbado en su cama y vio sentado a su lado a un amigo del que sabía que estaba muerto hacía tiempo.

»—Pero ¿cómo llegas tú aquí? —le preguntó—. ¡Si estás muerto!

»—Y tú también —le contestó el otro.





Al principio Sodoma no supo qué responder. Pero al final dijo:

—¡Esto es cada vez más confuso! Porque en primer lugar el abuelo de Wallmoden, o su bisabuelo o lo que fuese, no había muerto todavía cuando se presentó como un espíritu. Y, en segundo lugar, si esas dos personas de las que ha hablado realmente estaban muertas, ¿cómo conoce el mundo la luminosa conversación que mantuvieron los dos espectros?

Obentraut se limitó a encogerse de hombros:

—Pues ya lo verá el señor capitán.

—¿Qué es lo que verá? —exclamó Sodoma—. ¡No verá nada de nada! Y ante usted —añadió dirigiéndose a Wallmoden— me comprometo aquí solemnemente a comunicarle cada vez de forma expresa si es conmigo mismo o si es con mi espíritu con quien tiene el placer de encontrarse.

—¡Muy amable! —respondió Wallmoden, que no sabía qué otra cosa decir.

